

tablado alto, sobre el cual, y debajo de un dosel, se asentaba rodeado de sus alabarderos, á escuchar los oficios, imponiendo miedo la vista de su rostro duro y desagradable: acabadas las ceremonias, se entraba gravadosamente por los aposentos interiores. Allí fueron á buscarle muy de mañana Villanueva, Puga, el secretario Sancho Lopez de Agurto y el alguacil mayor, esperando muy de espacio en la antecámara á que el visitador se levantara, que nadie osaria despertarle antes de la hora acostumbrada. Largo tiempo pasó y visto que Muñoz no parecia, mandaron al page de servicio avisara á su amo, que unos caballeros, con negocios de mucha importancia, pretendian besarle la mano: el orgulloso inquisidor ni aun se dignó dar respuesta. Al cabo vistióse, é hizo entrar á su dormitorio á los oidores, recibiendoles sentado, con harto mal humor, llevando ligeramente la mano á la gorra para corresponder al saludo; y á la pregunta de cómo se encontraba su salud? dió por respuesta algunas palabras breves, para significar que habia pasado la noche desvelado. Tanta descortesía encendió la ira de los comisionados; Villanueva que era el mas resuelto sacó del seno sin mas preámbulos la provision real, y dirigiéndose al secretario, "leed, le dijo, esa cédula de S. M., y notificádsela aquí al Sr Lic. Muñoz." Agurto tomó el escrito y lo comenzó á leer: á cada palabra se demudaba mas y perdía los bríos el visitador, y al acabarse la lectura, abatido cuanto antes fué soberbio, débil y cobarde en proporcion de su pasada avilantez, no murmuró una palabra, no opuso la menor resistencia, escuchando anonadado la intimacion de dejar el mando y salir dentro de tres horas de la ciudad, pena de la vida y de perdimiento de los bienes. El orgulloso, el cruel, marchó de México en

compañía de Carrillo, á pié, sin custodia, acelerando el paso por temor de que le descubrieran y le sacrificara la venganza popular: dos leguas llevaba andadas, cuando los habitantes, que le suponian en la Iglesia, supieron alborazados la nueva de su libertad. Muñoz habria hecho incómodamente su camino hasta Veracruz, si algun compasivo no le hubiera franqueado caballos para el viaje.

Por un capricho extraño de la suerte, el marqués de Falces, detenido en el puerto por falta de buque, ó por otra circunstancia, se embarcó en el mismo navío que el visitador; juntos llegaron á España y juntos se presentaron á Felipe II. Primero se concedió audiencia al marqués; le recibió el monarca sin desden, escuchó benignamente sus descargos, se dió por satisfecho ó lo aparentó, y Falces se fué á su casa tranquilo y contento. Muñoz se presentó en seguida; iba esperanzado en sincerarse, y con la relacion de sus méritos alcanzar sobradas gracias y mercedes; se engañó: el rey le recibió con desaire y sequedad, ni se paró á escuchar disculpa ni razon, y volviéndole la espalda le dijo con desabrimiento. "No os envié á las Indias á destruir, sino á gobernar." Para un hombre tan altivo como Muñoz, aquellas breves palabras fueron un golpe terrible, y se marchó del palacio por demas resentido y apesadumbrado: al dia siguiente le hallaron muerto en su aposento, sentado en un sillón, la mano en la megilla y con manifiestas señales en el rostro, ed las violentas y encontradas pasiones que le quitaron la vida.

Finalizó la revolucion. La audiencia empuñó las riendas del gobierno, dedicándose esmeradamente á apaciguar los ánimos y á reparar los trastornos sufridos. Poco á poco renació la paz, á su sombra, libres los habitantes de temor, vol-

viieron á sus ocupaciones ordinarias, y México y la colonia recobraron su estado tranquilo y obediente: la única señal de la revuelta que por muchos años quedó, fué el padron de infamia, colocado en el terreno sembrado de sal de la derribada casa de Alonso de Avila; los hombres que lo veian se apartaban de allí con el corazon lleno de miedo, y pensando tristemente en que aquel monumento era recuerdo de una gran catástrofe, que causó la ruina de mas de un infortunado caballero.

Falta ahora saber cuál suerte corrieron los conjurados que se salvaron del cadalso. Al Marqués del Valle se le siguió su causa en el consejo de Indias, y al cabo de muchos años fué absuelto. Debió su buen despacho á su noble calidad, y á que el gobierno español juzgaria inoportuno hacer un nuevo ejemplar, con un hombre que ya no era peligroso, separado como estaba de sus parciales y del lugar donde su título lo hacia temido y respetado: ademas, los tiempos eran otros, ni la venganza del rey estaba viva, ni podia llamar la atencion con la misma fuerza un proyecto abortado, cuando todo habia vuelto á recobrar su antiguo asiento. Le alzaron el secuestro de sus bienes en 1574, y mucho despues, con motivo del matrimonio de D. Fernando, tercer marqués del Valle, con D.^{ca} Mencia de la Cerda y Bobadilla, dama de honor de la infanta D.^{ca} Isabel, le reintegraron en la jurisdiccion de su señorío. D. Martin murió en España, y allá permaneció la familia, hasta que el cuarto marqués, D. Pedro, volvió á la colonia y finó en 1629, estinguiéndose en la Nueva España la línea masculina del conquistador. Nada se sabe de D. Martin Cortés; en cuanto á D. Luis, vino á México, tal vez hácia la época en que su hermano fué absuelto, y acabó en

la oscuridad, dejando á sus descendientes el nombre de Cortés Hermosilla.

He formado la relacion que acaba de leerse, sacada de los documentos originales, con el mayor cuidado que me ha sido posible: sin falsa modestia, no estoy satisfecho de ella; la creo con menos interés del que pudiera dársele, tiene mucho de la sequedad de la crónica, produce cansancio como la lectura de los autos, y se echa de menos el lenguaje pintoresco que dá á los cuadros de esta clase animacion y vida. Parte pequeña de esos defectos no la he evitado de propósito: preferí ser exacto, á amontonar palabras que dieran una falsa luz á mis personajes; no quise inventar situaciones verosímiles que hubieran hecho romancesco mi trabajo, no me aventuré á adivinar pensamientos que le hubieran dado variedad, por no forjar un cuento y apartarme del respeto que se debe á la historia. Los geólogos con los fragmentos de los huesos que se encuentran en las capas profundas de la tierra, reconstruyen las razas perdidas de los animales de otros tiempos, y fiados en los principios de la ciencia, nos relatan sus costumbres y sus inclinaciones; tarea análoga compete al historiador; con los restos de las relaciones escapadas de la destruccion de los años, con la tradicion incompleta perpetuada por los hombres en sus libros, es necesario evocar las figuras de otros dias, vestir de carne y ropa los descarnados y desnudos esqueletos, y hacerlos mover y hablar como cuando estaban vivos: empero la ventaja está de parte del geólogo; una especie de cuadrúpedos es toda igual; conocido uno se conocen todos, pero si el corazon humano es siempre el mismo en el combate de sus afectos, se modifica, se diferencia en cada individuo, y el estudio del hombre sirve para distin-

guir el pensamiento dominante en una época, para hacernos cargo del impulso que movia á la humanidad en determinada circunstancia, para pintar en conjunto y por mayorias, digamos así, mas nunca para retratar á cada persona, cuando no la tuvimos á la vista. Eso intenté yo hacer; con los envejecidos papeles del proceso quise animar la revolucion, poner á los ojos los tiempos que pasaron, sin decir de los que entonces vivieron otra cosa de lo que yo sabia.

Ya que no podemos ocurrir á otras fuentes, examinemos por esos mismos restos si en efecto hubo ó no conjuracion. Para mí, es innegable que existió. En apoyo de mi aserto no recurriré á los principios de la ciencia forense, ni entraré á clasificar metódicamente los indicios y las pruebas, cosa que á muchos pareceria importuno, atribuyendo á sutilezas los razonamientos; me contentaré con relatar los hechos que constan como incuestionables, y con ello bastará. Incluso el marqués del Valle, todos los conjurados convienen en que á consecuencia de la cédula que prohibia la tercera sucesion en las encomiendas, el enojo de los poseedores de éstas fué sumo y lo espresaron sin rebozo en los parages públicos; no hay nada que oponer á esos dichos, y tendremos como primera verdad, que la repetida cédula produjo gran fermento en una clase de la colonia. Ciertamente el origen, la existencia de la conspiracion dejó mejores datos. No importa que los conspiradores en sus declaraciones se mantengan inconfesos y aseguren que nada oyeron, que nada supieron acerca de aquel negocio; preciso era que pasara de ese modo, pues arriesgándose la cabeza, ninguno en propio daño, ni aun atado con el mas solemne juramento, declararia conforme á lo que se le preguntaba: lo impedia la propia conservacion: tenemos en

contrario, ademas, que Alonso de Avila, los Quesadas y Oñate, momentos antes de morir, confesaron su crimen públicamente, denunciándose y denunciando la conspiracion, y sus dichos son intachables, porque lo hicieron en la hora solemne de ir á comparecer ante Dios para darle cuenta de las acciones, y entonces no se miente; porque si los hubiera hecho mentir alguna pasion, en sus confesiones habrian dejado huellas de ese móvil, y á nada se refirieron, de nada hablaron sino de su persona, porque con decirse culpables no podian salvarse, ni sacar provecho alguno. Añádese que las relaciones de los denunciantes, escritas con saña, exageradas cuanto se quiera, tenian en el fondo algo verdadero; porque ni para vengarse, ni para objeto alguno se inventa una cosa destituida de fundamento por muchos á la vez, conviniendo en los pormenores; porque aunque muchos se convengan hasta en lo mas mínimo no es para negocio, que por su publicidad, por su peso, por abarcar á infinitas personas, sea fácil descubrir la superchería, y convertirse en daño de los acusadores; porque aun suponiendo todo perfectamente combinado, no se engaña á la justicia ni al pueblo hasta el grado de que no se despierte sospecha, y por ella se dé con la verdad. Prueba ser el marqués del Valle el gefe de la conjuracion, su misma conducta. No estaba tranquila su conciencia cuando estrechándose en amistad con las autoridades, á cada paso iba con ellas á sincerarse; un inocente no hubiera dejado el retiro del monasterio de Santiago, á la noticia de hacerse por la audiencia informacion, para venir á espiar por la ciudad, é ir luego recatadamente á su casa para hablar con su hermano; se le nombrara en las relaciones con frases que indicaran la venganza de sus enemigos, y no de una manera tem-

plada, nombrándole de gefe, mas asegurando tambien que vacilaba; se creyó escapado de un gran peligro, cuando al morir, dejó en su testamento una fundacion piadosa, para dar gracias al Todopoderoso de haber escapado salvo el 16 de Julio dia en que fué preso y no podia olvidar. Mil consideraciones mas pudieran añadirse, que es necesario suprimir, para no causar mayor fastidio, que vinieran en comprobacion de las cuestiones en este párrafo contenidas.

Pero entonces, si la conjuracion fué cierta; por qué no se verificó? Por falta del gefe. El marqués del Valle conspiraba, queria sacar todo el provecho posible, se decidia á ser rey de México, pero sin comprometerse, sin arriesgarse. Cubria las apariencias entrando en pláticas con los oidores; aparentaba lealtad y celo por la causa real, y á sus amigos no les prestaba toda la cooperacion que debia, les dejaba obrar para cojer el fruto ya maduro, queria que refluyera en su provecho el trabajo ageno, sin entrar á parte en la labor, y se prevenia con una retirada que le salvara caso de un revés. Tímido, casi cobarde, anduvo vacilante entre su deber y su medra; sin ser cumplido caballero, ni cabal conspirador, contribuyó á que el secreto fuera conocido, y no se juntó cual era ya su obligacion con sus parciales; dimanó de haí, que los planes fueran descubiertos, que la audiencia se informara y previniera, que se perdieran él y los conjurados. Con uno de los atrevidos Pizarros, con el maestre de Campo Carvajal, con un aventurero decidido, la guerra civil se trabara en la colonia, y triunfante ó no la revuelta, los hombres aparecieran grandes; grandes en afrontar el peligro, grandes en los arranques de sus pasiones, grandes en saber morir.

Tambien el logro de la empresa hubiera sido pasajero.

España era poderosa, la colonia muy débil, y en la lucha que se entablara, ésta por precision habia de sucumbir. Lo mismo habia acontecido ya diversas ocasiones en el Perú: insurreccionados los aventureros, lograron apoderarse de casi todas las provincias; jamas pudieron conservarse, y vez hubo en que fueran vencidos por solo un eclesiástico arrojado, sin otras armas que un breviario. Entrar en el vastísimo campo de las conjeturas, seria suponer que la revolucion triunfara definitivamente y calcular el provecho ó desventajas que de su victoria resultarán á la Nueva España. Tal vez se hubiera establecido un sistema feudal en que la raza india quedara sujeta á la mas completa servidumbre; tal vez la colonizacion europea, modificando el carácter español y destruyendo á los indios, por medio de mejoras sucesivas, diera origen en el pais á un pueblo laborioso y emprendedor; tal vez conservándose los antiguos hábitos y el carácter indolente y flojo que nos tocó en herencia, la nacion mexicana, raquítica y despreciable, se entretuviera en continuas guerras con sus ilotas; que sé yo, pues nada alcanzo á asegurar, cuando estos cálculos dependen de conocer los diversos elementos de que un pueblo se compone, cómo se modifican, y cuál es su desarrollo sucesivo. Al recorrer los sucesos de esta conspiracion, si se encuentra una saludable enseñanza: no se puede menos de recordar aquel lindo símil de la Escritura en que se compara al soberbio con el gigantesco cedro del Líbano, hermoso y bien salido, pero que al volver la cara, derribado y destruido, no se encuentra ni el lugar en que se sustentaba. El marqués del Valle y Muñoz, se elevaron en México hasta donde la organizacion social lo permitia: ambos por su camino orgullosos y presumidos, pusieron el pié

sobre la cabeza de sus hermanos, se desvanecieron y pensaron que eran de mejor barro que el resto de la humanidad; se engañaron: iguales todos por la ley de Dios, cayeron como los débiles al golpe de la muerte: solo nos queda de ellos un nombre, que pronto los siglos borrarán del amarillento papel en que está escrito: si algun lisongero quiere poner en su sepulcro un epitafio, ponga las tristes y verdaderas palabras: Vanidad de vanidades, y todo vanidad. Solo Dios no sufre mudanza, y sin conocer tiempo, desde el espacio repone con una mano los séres, que con la otra llama para la eternidad.

Manuel Orozco y Berra.

LIBROS CONSULTADOS.

- Monarquía Indiana*, compuesta por Fr. Juan de Torquemada. Madrid, 1723.
- Los tres siglos de México durante el gobierno español* escrita por el P. Andrés Cavo. México, 1836.
- Registro Trimestre México*, 1832.
- México y sus revoluciones*, obra escrita por José María Luis Mora. Paris 1836.
- Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana*, por D. Lucas Alamán. México, 1844.

DOCUMENTOS.